SEMANA DE ORACIÓN Y REAVIVAMIENTO ESPIRITUAL

SALVACIÓN SOLAMENTE EN CRISTO

Por: Javier Mejía
Director de Mayordomía, DIA

Es una reacción natural buscar ponerse a salvo cuando nos sentimos amenazados, especialmente cuando la amenaza es contra la vida misma. La amenaza de muerte dispara todas las alarmas, y nos coloca en condición de defender la vida a cualquier precio. La Biblia revela que sobre el hombre se cierne la más letal de las amenazas, la muerte eterna, y aunque en otras circunstancias el hombre podría hacer algo para defenderse de una amenaza contra su vida, en este caso nada puede hacer para salvarse de la amenaza de muerte causada por el pecado. ¿Cuál es su única posibilidad de evasión y escape de esta amenaza?

De la muerte a la vida

La salvación es posible solamente en Cristo. Estamos hablando de la salvación de la muerte, que es la paga del pecado (Romanos 6:23). Que la muerte existe, lo prueba los más de 19 millones de personas que murieron solo entre enero y abril del año 2009. Eso sólo en un corto periodo de tiempo, apenas cuatro meses, pero todos los días mueren alrededor de 158,000 seres humanos. Con el acto de morir, el hombre pierde la vida, la más valiosa posesión que se nos haya podido haber dado, y la única manera de evitar que tan preciosa vida nos sea arrebatada por la nauseabunda muerte es la salvación provista en Cristo.

Para salvarse de la muerte eterna no hay otro camino, no hay otra ruta de escape, no hay otro nombre en el que podamos ser salvos sino sólo en el nombre de Cristo. “El pecador que perece puede decir: Soy un pecador perdido, pero Cristo vino a buscar y salvar lo que se había perdido. Él dice: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores (Marcos 2:17). Soy pecador y Cristo murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito permanecer un solo momento más sin ser salvado. Él murió y resucitó para mi justificación y me salvará ahora” (*Reavivamiento,* p. 53). Todo esto es cierto, sin embargo, el pecador redimido no debe perder de vista un hecho fundamental a fin de conservarse en ese estado de salvación.

Conexión con la fuente de la salvación

Una baratera teología de la salvación enseña que una vez salvo siempre salvo. Nada más alejado de la verdad bíblica, que enseña que debemos procurar siempre nuestra salvación con temor y temblor. Esto no significa que el hombre tenga que hacer algo para salvarse, sin embargo esto no excluye su obligación de vivir una vida de obediencia. Pero hay algo más, y es que para conservarse en ese estado de salvación el pecador tiene que estar conectado mediante una vida de relación espiritual con la fuente de su salvación, el Señor Jesucristo. Si no mantiene una relación diaria con Jesús, se desconecta de la única fuente, del único nombre en que puede ser salvo.

“No puede ser vencido el que se arrepiente de sus pecados y acepta el don de la vida del Hijo de Dios. Aferrándose por fe de la naturaleza divina, llega a ser un hijo de Dios. Ora, cree. Cuando es tentado y probado, demande el poder que Cristo dio con su muerte y vence mediante la gracia de Jesús” (*Reavivamiento,* p. 53). Nótese: el pecador se

arrepiente y recibe el perdón y la vida de parte de Jesús, pero aferrado a Jesús mediante la oración, le hace frente a las tentaciones a las que vence por medio de la gracia del Señor. Pero si no hay oración, si no existe esa búsqueda diaria de esa fuente de poder para vencer, ¿de dónde se podrá sacar la fortaleza necesaria para resistir al diablo?

El peligro de la suficiencia propia

La salvación en Cristo ocurre no solo en el primer momento que el pecador viene a Cristo, sino que debe ser una experiencia diaria, con el mismo arrepentimiento, con la misma necesidad de ser perdonado, con la misma urgencia. Cada uno puede recordar el momento de su conversión. ¿Por qué miramos esa experiencia como cosa del pasado? ¿Por qué no vivir ese momento cada día de nuestra vida? El momento de la conversión, cuando fuimos salvos, significó un momento de profunda relación espiritual con Cristo; ¿por qué esa relación espiritual ya no tiene la misma intensidad? ¡Es ilógico! ¡Debiera ser mayor! Algo ha ocurrido, y puede ser muy peligroso.

El Señor ya nos advirtió contra este peligro: "El que piensa estar firme mire que no caiga" (1 Corintios 10:12). En realidad, "nunca debemos descansar satisfechos de nuestra condición y cesar de progresar diciendo: "Estoy salvado". Cuando se fomenta esta idea, cesan de existir los motivos para velar, para orar, para realizar fervientes esfuerzos a fin de avanzar hacia logros más elevados" (*Reavivamiento,* p. 56).

Todos podemos recordar el momento cuando vinimos a Cristo. Para algunos el recuerdo puede ser nostálgico, pues la relación con el Señor ya no es con la misma profundidad de entonces. ¿Por qué? "Hay muchos que profesan seguir a Cristo, pero que nunca llegan a ser cristianos maduros. Admiten que el hombre está caído, que sus facultades están

debilitadas, que es incapaz de hazañas morales, pero añaden que Cristo ha llevado todas las cargas, todos los sufrimientos, toda la abnegación, y que están dispuestos a dejar que él lo lleve todo. Dicen que no hay nada que puedan hacer sino creer" (*Reavivamiento,* p. 56).

Conectados a la Vid

El principio de una relación espiritual permanente con Cristo quedó claramente delineado en Juan 15:4,5 con las siguientes palabras: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer". Solo hay una manera de permanecer en Cristo, y esa es mediante una vida de oración y estudio de su Palabra. Si nos separamos de esta práctica devocional, nos estamos separando de Cristo, y en esta condición nada podemos hacer que nos haga permanecer salvos.

"Hay una gran diferencia entre una supuesta unión y una conexión real con Cristo por la fe. Una profesión de fe en la verdad pone a los hombres en la iglesia, pero esto no prueba que tienen una conexión tal con la vid viviente. Se nos da una regla por la cual se puede distinguir al verdadero discípulo de aquellos que aseveran seguir a Cristo, pero no tienen fe en él. La una clase da fruto, la otra no es fructífera" (*Reavivamiento,* p. 57).

¿Cómo explicar el enriquecimiento espiritual que se logra cuando se cultiva una permanente relación personal con Cristo? Aquí está la respuesta: "Las fibras del sarmiento son casi iguales que las de la vid. La comunicación de la vida, fuerza y carácter fructífero

del tronco a los sarmientos se mantiene constante y sin obstrucción. La raíz envía su nutrición por el sarmiento. Tal es la relación que sostiene con Cristo el verdadero creyente. Permanece en Cristo y obtienes de él su nutrición" (*Reavivamiento,* p. 57).

Es posible haber sido miembro de iglesia durante años, haber escuchado miles de buenos sermones, pero "esta relación espiritual puede establecerse únicamente por el ejercicio de la fe personal. Esta fe debe expresar de nuestra parte una suprema preferencia, perfecta confianza y entera consagración" (*Reavivamiento,* p. 57). Es la única manera como se logra verdadero crecimiento espiritual. A la iglesia se va a adorar en medio de la congregación de los santos, pero el crecimiento espiritual se logra en la intimidad de una relación personal con Cristo.

Es la relación lo que produce salvación

De principio a fin, solo la relación con Cristo es lo que salva. Es impensable que dicha relación de salvación ocurra solo al inicio de la experiencia cristiana. Más bien debe profundizarse a medida que la experiencia cristiana vaya transcurriendo. Jamás la salvación en Cristo se basó en un acto de fe del pasado. Es un acto de fe permanente, pero del tipo de fe que obra una búsqueda diaria del único en quien podemos ser salvos. "Cuando se ha formado esta intimidad de conexión y comunión, nuestros pecados son puestos sobre Cristo, su justicia nos es imputada" (*Reavivamiento,* p. 58). Solo de esta manera es que podemos estar siempre salvos.

Todo cristiano reconoce que "en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12), pero no todo el que cree en esto será salvo. ¿Por qué? Porque la salvación no solo es una acto de fe

teórica, sino que también es un acto de relación práctica con el único que puede salvarnos de la muerte eterna. “Cuando Cristo estaba por abandonar a sus discípulos, les dio el hermoso emblema de su relación con los creyentes. Había estado presentándoles la íntima comunión consigo mismo por la cual podrían mantener la vida espiritual cuando su presencia visible se retrajese. Para grabar la lección es sus mentes, les presentó la vid como el símbolo más llamativo y apropiado de esa comunión” (*Reavivamiento,* p. 58).

Conclusión

Puesto que esta es la única ruta conocida hacia la salvación en Cristo, “¿No nos esforzaremos con todo empeño para formar esta alianza con Cristo, único medio por el cual se pueden obtener estas bendiciones?”. Solo “la unión con Cristo mediante una fe viviente es duradera; toda otra unión perecerá… después que se ha formado la unión con Cristo, se ha de preservar únicamente mediante la oración constante y el esfuerzo incansable” (*Reavivamiento,* p. 59).

El pecador no convertido está muerto, pero al encontrarse con Cristo pasa de muerte a vida. Pero puede volver a morir, si en su experiencia cristiana no cultiva una viviente relación con Cristo. En este caso su estado de muerte es espiritual. El resultado final de esto es el mismo para el no convertido: muerte. Se puede estar muerto fuera y dentro de la iglesia, porque lo único que da vida es la relación espiritual con Cristo, el único en quien podemos ser salvos a través de esa relación. Para estar siempre salvos, el único medio es esa relación con Cristo, ayer, hoy y por los siglos.